

á esta hermosa capital adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

CAPITULO XVI.

En el que se refiere el principio de la triste historia de Carlota y de Welster. Este resuelve incorporarse á la Iglesia católica: hace un análisis de los fundamentos mas sólidos de nuestra religion, recibe el Bautismo, y va á la Habana á negocios de comercio.

ENTRAMOS en México, paró el coche en la casa de Doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un jóven como de treinta años, muy bien presentado, que habia llegado á esta capital esa misma mañana, y habia ido á casa de Doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venia recomendado de la ciudad de Washington, de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razon de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Dijonos que habia estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfeccion con que poseia el castellano, y con las exactas noticias que daba de la

Península, y especialmente de Madrid. Despues de habernos dejado aficionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruido, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recoger nos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular, sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de Doña Eufrosina, la que cada día se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacia con objeto determinado. Este era una jóven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por mas que hacian uno y otro por disimular mutuamente su pasion, no podian. Cada vez que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se espresaban con demasiada viveza: esta recibia las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Asi pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazon con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, co-

menzó á dar vueltas y mas vueltas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero el señor Labin, temiendo no estuviese enfermo, le preguntó desde su catre ¿qué tenia? Jacobo le respondió que nada; pero que no podia dormir. Disimuló entonces, y se sosegó por unos cuantos minutos, al cabo de los cuales volvió á su primera inquietud.

El señor Labin temió que su compañero estuviese para perder el juicio, y como lo queria mucho, trató de ver cómo lo serenaba, haciéndose primero informar de la causa de su afliccion.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropon, se puso sus chinelas, se dirigió á la cama de Jacobo, y sentándose en ella, con el mayor cariño le dijo: Welster amigo, ¿qué tienes? ¿qué te aflige? ¿por qué me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algun motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya.....? Qué, ¿inclinan la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces, y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welster, háblame por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo: declárate, ensánchate, ¿qué tienes?

Entonces Welster, desarrollando sus sentimientos de una vez, y apretando la mano del señor Labin contra su pecho, le dijo: ¿Qué he de tener, amigo,

qué he de tener? una rabia, una desesperacion, un fuego que me consume el alma. Tengo amor, sí; adoro á una jóven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazon, en términos que no soy dueño de mí..... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi carácter, lo confieso; pero tú eres discreto, sí; tú conoces que no siempre le es muy fácil al hombre el resistir á sus pasiones: muchas veces estas nos dominan y avasallan contra los mas poderosos gritos de la razon. En este caso me hallo, compadéceme.

Desgraciado de tí, dijo el señor Labin, si has pensado alguna vez estar esento de las humanas flaquezas. Welster, todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo, y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasion propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una muger hermosa nos parecen aun mas atractivas. ¿Qué hay, pues, que estrañar que una criatura de estas haya rendido tu corazon al imperio violento del amor? Lo que debes ahora no es avergonzarte de amar, sino ver si puedes poseer el objeto de tu amor honestamente. ¿Cuál es la señorita que te ha agradado? Carlota, dijo Jacobo, la hija del comerciante D Tadeo, que concurre á la casa de Doña Eufrosina.—¿Y

no le has declarado tu pasión?—Mis ojos le han dicho mucho, pero mi lengua nada, pues el ser extranjero me parece que es bastante para que no me corresponda. Sin embargo, ya no puedo sufrir, y pues eres mi amigo verdadero, y me has dicho que cuente contigo para todo, estoy resuelto á declararme. Mañana le he de escribir un billete, tú has de hacer que llegue á sus manos, y que no se quede sin respuesta.—

La empresa es opuesta á mi carácter; pero soy tu amigo, y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré porque todo se allane. Con esto se sosegó un poco Welster, y se recogieron.

A la mañana siguiente, cuando el señor Labin se levantó, ya tenia Jacobo escrito el billete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y este salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien estábamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y así rogó al señor Labin que si no desmerecía su confianza, y si el billete estaba sin lacre, se lo leyera, porque deseaba ver cómo se explicaba Jacobo. El señor Labin condescendió con su ruego, y les leyó el papel que decia de esta manera.

Bella Carlota: yo os amo con pureza: no puedo ya resistir al dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algun día podré esperar que hagais para siempre venturoso al infeliz—JACOBO.

¡Qué poco escribe! dijo Matilde; pero se explica bien. ¿Y usted cómo piensa salir de su cuidado? Fácilmente, respondió el señor Labin: la señora su hermana de usted tiene mucho arte para todo, y además lleva una amistad muy íntima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Así fué en efecto. A los dos dias volvió el señor Labin, y nos manifestó la contestacion de Carlota concebida en estos términos.

Caballero Welster: una de las virtudes que mas me agradan es la ingenuidad y sencillez. No hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si usted me ama, está correspondido, y se lograría sin duda nuestro amor con el honroso enlace que usted por su parte facilita; pero por la mia hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas están en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por qué motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profesa la religion católica. Si usted me ama como dice, haga por allanar estos inconvenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazon de—CARLOTA.

La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde: da á entender que la muchacha no es tonta ni loca, y piensa con juicio; pero tambien es demasiado fácil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasion. Cuando así sea, contestó el coronel, yo no se lo tengo á mal, pues si ella está tan apasionada como él, desearia dar desahogo á su passion correspondiendo á su amante. No tienen las mugeres menos derechos que los hombres para usar de la verdad lícitamente, y la misma Carlota lo da á entender cuando dice que *no hay para que disimular los afectos cuando son inocentes*, en lo que explica mas de lo que parece. Finalmente, veremos en qué paran estas buenas aventuras en que se ha metido nuestro amigo Labin.

Este, concluida la conversacion, se retiró para su casa, y entregó á Jacobo el papel de su querida. Lo leyó cinco ó seis veces, y no cabia en sí de gusto al saber que contaba con el corazon de Carlota. Ahora sí, decia á Labin, ahora sí me tengo por el mas feliz de los mortales con la posesion de mi Carlota. Sí, México es ya mi patria. No tengo en Washington ninguna cosa que me arrastre: mis padres han fallecido, mi hermana es rica, no necesita de mis ausilios para nada: la mayor parte de mis intereses están en mi poder, y para recoger los que allá quedan, tengo buenos amigos de quienes valerme; pero aun

cuando tuviera en el Norte padres, deudos é intereses, todo lo abandonaria, porque todo se debe abandonar por Carlota.

¿Pero de qué manera piensas vencer los dos inconvenientes que ella dice? le preguntó el señor Labin; y Jacobo sin detenerse respondió: Por lo que toca á la religion, estoy resuelto á abrazar la católica. Este debe ser el primer paso: y por lo que respeta á persuadir á su padre para que le conceda su permiso, creo que no habrá mayor dificultad, pues yo no carezco de bienes suficientes para sostenerla con decencia, y tú y el amigo coronel tienen, á lo que entiendo, mucho influjo sobre el caballero Tadeo, y no dudo que ambos hareis por mí cuanto os sea dable.

Puedes estar seguro, dijo el señor Labin, de que el coronel y yo te serviremos en cuanto esté de nuestra parte; pero en confianza de la amistad, debo advertirte, que eexamines bien tu corazon: mira que las pasiones, aun las mas puras, cuando son vehementes, nos ofuscan, y no nos dejan ver lo mas cercano. Se necesita vocacion así para entrar en el cristianismo, como para abrazar el matrimonio. Yo te he oido hablar siempre bien de nuestra religion, pero jamas te he observado tan dispuesto como ahora para recibirla, y esto me hace pensar que Carlota ha hecho esta repentina mutacion. Si así es, entiendo que no se debe seguir á Jesucristo por particulares intereses,

sino únicamente convencidos por la pureza de su ley y por la efusion de la fé. Conque si quieres ser cristiano, mira lo que haces, registra tu interior, escamina el origen de tu deseo, instrúyete en nuestros principios; y si despues de bien explorada tu intencion, resultare que es recta, adopta como la mejor y la mas cierta la religion católica.

Advierte tambien, que no es lo mismo desear la posesion de una muger como muger hermosa, rica, ó prendada, que desearla para esposa, madre de familia y compañera única hasta la muerte. Para lo primero, basta ser hombre, porque todo hombre se inclina á la muger; pero para lo segundo es necesario creer y conocer la gracia y virtud del sacramento del matrimonio.

Aun quando el casamiento era solamente un contrato natural, desagradaba á Dios tanto que se hiciese únicamente por saciarse con los placeres sensuales, que en las sagradas letras se nos cuenta de aquellos siete maridos que tuvo Sara muertos por el demonio Asmodeo en las mismas noches de las bodas, y temiendo Tobías casarse con ella porque no le sucediera otro tanto, lo animó el ángel S. Rafael diciéndole: *El demonio solo tiene poder sobre aquellos que se casan sin acordarse de Dios, y únicamente para satisfacer su liviandad, como el caballo y el mulo que carecen de entendimiento.* Si esto sucedió segun te dije, cuando

el matrimonio era un mero contrato natural, ¿qué se deberá esperar hoy que se halla elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento?

Verdad es que no oimos referir ejemplares tan terribles como el pasado. Se casan muchos, muchísimos con el mismo fin que los maridos de Sara, y con todo eso no los mata Asmodeo; pero sobre estos casados llueven treinta mil plagas, que son á veces peores que el demonio. La pobreza, los hijos mal criados, las desconfianzas, las riñas, los zelos, el despego y el odio, son las resultas de un casamiento hecho sin vocacion.

El matrimonio, considerado como sacramento de la ley nueva, tiene tres fines, que son: *Propagar la especie humana, aplacar la concupiscencia, y causar gracia unitiva.* Del logro de estos fines resultan en el matrimonio tres bienes: *El de la prole, el de la fé, y el del Sacramento.* El primero consiste en tener sucesion; el segundo en la fidelidad y amor que deben tener los consortes, y el tercero en que esta union en paz y en amor sea hasta la muerte.

En inteligencia de esta doctrina, consulta bien tu corazon para que despues no te arrepientas cuando pruebes los sinsabores del estado, porque ya sabes que en esta vida miserable no hay uno que no los tenga, y seria un necio el que se representara el matrimonio como un jardin lleno de flores, y sin ningun-

nos abrojos ni malezas. Así lo pinta el amor, visto de lejos; pero luego que entramos en él, advertimos que en el mejor, en el mas pacífico y feliz no faltan algunas espinitas, que aunque no hieren, lastiman. Conque, vuelvo á aconsejarte que antes que te resuelvas lo pienses bien, con la prudencia propia de tu carácter.

Así desempeñaba el caballero Labin el cargo de amigo verdadero de Welster, y este correspondía agradeciendo su instruccion, y observando en cuanto podia sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de Doña Eufrosina la mutua inclinacion de los dos nuevos amantes, y tanto, que las amigas de Carlota la llamaban *la inglesita*, sobrenombre que á ella no le desagradaba.

El señor Labin, ufano con la resolucion que tenia su amigo Jacobo de hacerse católico, fué á casa del coronel y la participó muy placentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocacion, le dijo: Yo me alegraré de que piense el inglés (1) en ser cristiano, pero dudo de que lo quiera ser de veras. Carlota se puede lisonjear de esta repentina conversion, aunque yo no quiero creerla todavía; an-

(1) Aunque no era inglés lo llamaba así Matilde por su idioma, pues como era anglo-americano hablaba inglés.—E.

tes juzgo que si como ella es cristiana, fuera mora ó judía, Welster se volviera judío ó moro con la misma facilidad que quiere ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religion católica por interés de Carloia, no es extraño. En verdad que siendo este solo el motivo, no es muy puro; pero la muger fiel santifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mugeres como de medios oportunos para la conversion de los gentiles y aun de reinos enteros. Escribiendo S. Pablo á los de Corinto, é instruyendo con doctrinas sagradas á la Iglesia de Cristo que comenzaba entonces, y no estaba aun bien enseñada, entre otros preceptos que les dió fué uno este: "Si alguna muger cristiana está casada con varon infiel, no lo deje, ni se aparte de él: porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino á ser santo por medio de la muger cristiana." Estas palabras trasladó S. Gerónimo á una noble señora romana llamada Leta, muger de Toxacio, hijo de Santa Paula, del cual tenia una hija del propio nombre.

¿Pero para qué hemos de citar casos particulares en prueba de esta verdad, cuando sabemos que las mugeres cristianas colocadas en los tronos, hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al

cristianismo á sus maridos? Por medio de ellas recibieron el Evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, etc. y tambien por su medio renunciaron el arrianismo la España y la Lombardia. Conque nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversion de Jacobo. ¡Ojala hubiera mil Carlotas que trageran al gremio de la verdadera religion otro tanto número de Welsters

Ya me convenciste, dijo Matilde; pero satisface mi curiosidad que quiere saber ¿cómo pasó la España del arrianismo á nuestra religion por medio de una muger, y qué muger fué esa? pues hasta ahora oigo semejante cosa.

Te daré gusto, dijo el coronel, ciñéndome, á la posible brevedad. Habiéndose hecho dueño de casi toda la España Leovigildo, casó de segundas nupcias con Gosvinda, y estableció á Hermenegildo su hijo rey de Sevilla, dándole por esposa á Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austracia.

Ingunda era católica, y su suegra, arriana; pero tan apasionada por su secta, que no omitia diligencia para atraer á ella á cuantos podia. Ingunda debia merecer este cuidado á su buena suegra. En efecto, esta empleó las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio y los ultrajes hasta llegar á arrastrarla de los cabellos: pero todo fué en vano, pues

la reina cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heróica paciencia, que todo lo disimuló y ocultó á su marido, sin quejarse jamas, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga.

Sin embargo, fueron tales los escesos de Gosvinda que llegó á saberlos Hermenegildo, y admirado de la virtud de su esposa, conoció en el contraste de ambos procederes, la diferencia de las dos religiones, y juzgó que la de Ingunda no podia inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tío S. Leandro Obispo, quien lo instruyó en los misterios de la fé, y abjuró el arrianismo. Este fué el dia de mayor gozo para su virtuosa muger, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversion de su hijo, se irritó contra él furiosamente, y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Probó los medios de la dulzura; le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó, y cayó Hermenegildo en sus manos.

Fué puesto en una prision, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á ofrecer su libertad, y restituirlo á su trono como se convirtiera al arrianismo. El santo preso despreció las ofertas con resolucion cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano

Recaredo, asegurándole que lo admitiría á su gracia con la condicion sola de que recibiese la comunión de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religion católica no permitia estos disimulos en la fé. Esto irritó á Leovigildo tanto, que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prision. Su esposa huyó con su hijo Teodorico á la Africa, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo despues lloró la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo S. Leandro su cuñado: despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos: quitó la vida á los mas ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á S. Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo en los dogmas de la religion católica, y deseando que su hijo fuera cristiano, él murió herege, sin querer abrazar una religion, cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda, convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este mártir se logró en la conversion de su hermano Recaredo y de toda la nacion de los Godos de España.

Esta es en breve la historia. que hace ver cómo

una muger fué el medio de que Dios se valió para que en menos de dos años casi toda la nacion Goda abjurase el arrianismo! ¿Porqué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los Anabaptistas que es la secta que profesa, segun sabemos por mi amigo Labin?

Así es, dijo este, y á mas de esa cristiana esperanza, que es la mejor, tenemos otra que se puede llamar política, y consiste en que Welster es muy sensible, tiene talento, ha vivido mucho tiempo entre los católicos, y está mas que medianamente instruido en nuestra religion. Yo estoy acabándolo de catequizar, y creo que no me costará mucho trabajo. El muchas veces ayuda mi discurso con sus sólidas reflexiones. Si ustedes lo oyeran probar la verdad de nuestra santa religion por principios sencillos y evidentes, se complacieran demasiado.

¡Ay, como que sí! dijo Matilde. ¿Cuándo nos hace usted favor de traerlo para que tengamos ese gusto? Esta misma noche, dijo el señor Labin.— Pues quedamos en eso: no se olvide.

¿Cómo habia de quedar mal el señor Labin? A la noche fué con su camarada Welster, segun que lo ofreció, y ambos fueron recibidos de todos los de la casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les habia prevenido, y poco despues no pudiendo Matilde resistir mas

á la curiosidad que la devoraba, dijo: Señor Welster, ya hemos sabido la resolucion de usted sobre hacerse católico, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolucion prueba bien su talento.

Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinacion mas es obra del convencimiento de la verdad, que del escaso talento mio.—

¿Pues qué, está usted plenamente convencido de a verdad de nuestra religion?—Si no lo estuviera, desde luego no variaria de comunión: no soy tan débil.—No puedo comprender cómo haya sido tan pronto este convencimiento.—Oiga usted, señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos, la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de usted y del señor Labin, y la tal cual instruccion que he tenido por los libros que he leído, despertaron días hace en mi corazón unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religion; pero siempre resistí á ellos haciéndome violencia, porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun los ultrajes que tendria que experimentar de los míos cuando supieran que habia variado de religion; pero ahora que estoy resuelto á domiciliarme para siempre en esta capital, no tengo

ya que temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazón, haciéndome católico con todo gusto, y convencido de la solidez de los principios de vuestra religion.

Usted dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber ¿qué principios fundamentales son los que han persuadido á usted á esa verdad? Voy á darle á usted gusto, señorita, dijo Welster, y prosiguió de esta manera: Seis son para mí los principios mas fundamentales de vuestra religion, que me han atraído á su gremio, y que me parece serian bastantes para persuadir á cualquiera que los examinase sin pasión.

Primero, las revelaciones. Segundo, la pureza de la moral de Jesucristo. Tercero, sus milagros y su resurreccion incontestables. Cuarto, el modo con que se estableció la religion. Quinto, la constancia y la uniformidad de la tradicion. Sexto y último, la perseverancia y union de la Iglesia católica (1).

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, ha-

(1) Como los anabaptistas son cristianos, aunque no católicos, y de esta secta se supone á Welster, solamente los principios 5.º y 6.º de los que enumera, pudieron influir en hacerlo católico, porque los otros son comunes á católicos y anabaptistas.—E,

biendo sido escritas en tiempos muy anteriores á su venida, en diversos lugares, en distintas épocas y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y prolijas, que mas parecen historias de lo pasado, que predicciones de lo futuro. Tales son las del santo Rey David. Este profeta anunció el nacimiento, la vida, pasion y muerte de Jesucristo con tanta escrupulosidad, que no deja la menor duda en que fué el Mesías prometido por los antiguos Padres y Profetas.

Si examinamos la moral de Jesucristo, la hallamos pura, opuesta al ímpetu de las pasiones, y la mas propia para conseguir aun en esta vida la felicidad á que todo hombre aspira, esto es, la paz del corazon.

Es cierto que sus reglas son difíciles para el hombre natural, ó segun sus inclinaciones en el estado natural. Refrenar nuestros apetitos, dar á otro nuestros bienes, perdonar los agravios, y hacer bien á los que nos injurian, son sin duda unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinacion; pero por eso son tanto mas elevadas y heróicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo y su resurreccion, fueron muy públicos. Sus mismos enemigos, los que lo aborrecian de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamas se atrevieron á

negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebú ó del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos. ¿Ni cómo podrian hacerlo, cuando estos fueron tan públicos y repetidos? Todos los milagros del Mesías fueron hechos delante de testigos, que á veces se contaron á millares.

Su resurreccion tuvo igual carácter de verdad. Predicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor mas famoso, se verificó. Sus enemigos la habian oido muchas veces de su boca, y la temieron: por eso tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro y serian escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien cerrada con una losa bien pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que habia prefijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadáver, dicen que los centinelas se durmieron, y que mientras se robaron el cuerpo los discípulos. Mas ¿es creible que todos se durmieran? ¿es creible que los amigos de Jesucristo rompieran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y estrajeran el cuerpo con tanto silencio, que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarían ébrios? Pero ébrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver, segun aseguraron, y sin embargo fueron creidos sobre su palabra. Tenian los

ojos cerrados, y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Qué contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que estableció su religion, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones, es desagradable á los hombres: por lo mismo debia de haber sido poco seguida la del Mesias, y mucho menos segun el modo de su establecimiento. Este fué mas raro y mas maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los apóstoles. ¿Quién fué Jesucristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una costurera, (1) nobles en su origen, pero humildes, oscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningun nombre. ¿Quiénes fueron los Apóstoles, sus principales agentes? Unos pobres idiotas, sin dinero ni representacion en la república: estos establecieron la religion católica. ¿Y cómo? No prometiendo riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinaje de los hombres, no auxiliados de la fuer

(1) *Por tal era tenido de los que ignoraban que Señor S. José era su padre estimativo, pues Jesucristo no tuvo padre en cuanto hombre, por haber sido su concepcion sin concurso de varon. Esto lo saben los niños de la escuela; mas no es ocioso decirlo aquí. Los libros van á manos de sabios é ignorantes.*

za de las armas, no alucinando con fábulas ni mentiras á los pueblos idólatras y necios, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridiculo y absurdo partido, sino predicando humildad, pobreza y mortificacion: chocándose contra lo opinion comun del mundo: sin mas auxilio que sus penetrantes palabras, su santo ejemplo y sus muchos milagros. De manera que, como dice un escritor francés, Jesucristo, humanamente hablando, hizo todo lo necesario para no conseguir el establecimiento de la religion. Con todo esto, los hombres lo seguian en turbas, lo confesaron hijo de Dios, y tendian sus capas en Jerusalem cuando lo recibieron con ramos cantándole: *Alegríse en las alturas: alégrate, Hijo de David.* ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que este Jesucristo era el Mesias verdadero? ¿Cuál de los seductores que ha habido ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios, y milagrosamente acreditada?..... Señores, perdonen ustedes que me ecsalte. Yo me entusiasmo en favor de la religion cristiana cuando hablo de ella seriamente, y considero que sus principios son tan evidentes, que me parece basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

Siga usted, señor Jacobo, dijo el coronel, pues us-

ted mismo no sabe el gusto que nos da cuando se esplica en una materia que nos debe ser la mas interesante.

Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welster, pero ciertamente me ena- geno cuando considero estas cosas, y ya quisiera hallarme perfectamente instruido en vuestra religion para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, segun enseña la fé, para entrar al gremio de la Iglesia.

¿Pero cómo no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguian en fuerza de sus promesas: pudieron haber creido con la esperanza de mejorar de fortuna; ¿pero que debian haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario y traidor contra el César romano? ¿Qué, cuando lo vieron morir por esta causa en un afrentoso suplicio? La razon natural nos dicta que debian haberse arrepentido de haber seguido su doctrina y detestado para siempre sus máximas y hasta su nombre. Mucho menos que esto se necesita para que los hombres se abandonen unos á otros. Solo el ser pobre es una causa muy eficaz para que se desconozcan hasta los parientes. ¿Qué se debía esperar que

hicieran los Apóstoles con Jesucristo despues de verlo muerto afrentosamente en una cruz por su doctrina? A los principios hicieron lo que se debía esperar de cualquier hombre: huyeron, lo negaron, se escondieron y lo abandonaron. refugiándose con María en un meson. Y despues ¿qué sucedió? Bajó sobre ellos el espíritu de Dios, vieron á Cristo y predicaron al Mesías con la mas santa intrepidez. S. Pedro, el mas cobarde de los Apóstoles, pues espantado por una mugercilla negó á su Maestro asegurando que ni lo conocia, fué el primero que predicó su doctrina en Jerusalem, pero ¿con qué viveza y con qué espíritu? Sus primeras palabras mas parecen reconvencciones de juez que persuasiones de orador; y sin embargo, se convierten millares de enemigos de Jesucristo á Jesucristo mismo en el primer sermón. Esto no es obra de los hombres.

Comenzaron á verse perseguidos los Apóstoles por su predicacion: fueron aprisionados, fueron entregados á las afrentas y á la muerte que sufrieron por sostener el crédito de su Maestro.

Pero ¿acaso los Apóstoles como amigos de Jesucristo le profesaban una muy tierna voluntad, y encaprichados se dejaron matar por su amor? Esta seria una objecion ridicula, pero fuera tal vez suficiente para alucinar á los incautos; mas ¿qué diremos de los demas discípulos, y qué de tantos mártires que

sin haber conocido á Jesucristo derramaron por él su sangre con tanta abundancia que corria por las calles, se enturbiaban con ella los rios, se cansaban los tiranos de derramarla, y enfadados de tanto confesor de Jesucristo que se ofrecia al martirio, les decian: "Si tanta gana teneis de morir, mataos por vuestra mano." ¿Qué diremos de esto, repito, sino que es verdadera la fé del Crucificado? Un autor vuestro de gran fama (1) dice que *es preciso creer unos testigos que se dejan degollar.*

Si atendemos á la tradicion, ¿qué cosa mas igual ni mas constante? Desde Jesucristo hasta nosotros todos han profesado una misma fé, han creido unas mismas cosas, y han ido fundados sobre unos mismos principios. Es increíble que si hubiera habido falsedad en este sistema, no se hubiera descubierto entre tantos hombres sabios que han predicado la pureza de la religion, como un Pablo tan inmediato á Jesucristo, y como un Agustin, un Gerónimo y otros no muy distantes de la publicacion del Evangelio; pero todos inmediatos ó distantes, han ido acordes con sus principios.

Por último, yo he leido el Tratado de las variaciones de las iglesias protestantes, sábiamente escrito por el señor Bossuet, y veo en él como cada iglesia

(1) *Pascal.*

ó comunidad ha padecido notables alteraciones en sus artículos, en sus dogmas y en sus cultos; cosa que no advierto en la verdadera religion de Jesucristo, pues esta, á pesar de sus muchas y sangrientas persecuciones, ha sido siempre una, santa, católica, apostólica, romana. *Una*, porque es uno el Dios á quien adora, una la fé que profesa, uno el bautismo, una la cabeza invisible de la Iglesia que es Jesucristo, y una su cabeza visible que es el Pontífice de Roma. *Santa* es, porque es santa su cabeza invisible, santa la fé que profesa, santa su ley, sus misterios y sacramentos, y solo en ella puede haber santos, como los ha habido, los hay y los habrá hasta el fin del mundo. *Católica* se llama, que es lo mismo que *universal*, porque en todas las naciones que le abrazan es una misma, sin variacion alguna en la fé, en los preceptos, en los sacramentos ni en cosa sustancial; y porque ninguno puede salvarse fuera de su gremio. Llámase tambien *apostólica*, porque fué fundada por Jesucristo en sus apóstoles; y por último, se dice *romana*, porque su príncipe visible, que es el Papa, reside en Roma; y por quanto los católicos son miembros de una iglesia que tiene tan honrosos epitetos, se honran llamándose *cristianos, católicos, apostólicos, romanos.*

Estos son en breve, señorita, los motivos que yo he tenido para decidirme por la religion de vuestros

padres. Decidme si tengo razon ó si he procedido con ligereza.

Doña Matilde enternecida, no supo responder; pero el coronel la desempeñó abrazando á Jacobo y diciéndole: Usted verdaderamente pertenece á la herencia del Señor: él lo condujo, aquí lo ha hecho radicar por unos caminos imprevistos. Yo me glorío de que ha de ser usted muy buen cristiano, pues se ha explicado mas bien como un instruido catequista, que como un neófito. Dele gracias al Padre de las luces, pues se las ha querido comunicar tan ampliamente, y apresúrese para recibir el bautismo.

Jacobo correspondió estas afectuosas espresiones manifestando sus deseos, y el señor Labin dijo que estaba muy prócsimo á recibirlo, porque apenas le faltaba que saber, de manera que para el domingo inmediato tenia dispuesta la funcion que debia de ser en el *Sagrario*, por ser la parroquia á que correspondia, para lo cual habia visto ya al señor arzobispo, y tenia dispuestas todas las cosas, porque Jacobo lo habia elegido á él para padrino. Con esto, y otras conversaciones se disolvió la tertula por esta vez.

En la vispera del domingo citado, fué el señor Labin á convidar al coronel y á su familia para el bau-

tismo. Este caballero aceptó con gusto el convite, y al dia siguiente fuimos todos á la iglesia.

El adorno del templo y lo lucido de la concurrencia dieron todo el lleno á la funcion. Lo augusto de las ceremonias y la modestia del neófito enternecieron á los circunstantes, penetrándose los corazones de amor y respeto hácia nuestra sagrada religion.

Llegó por fin la hora tan deseada de Jacobo, quien despues de varias ceremonias, se acercó á la Fuente y recibió el sagrado Bautismo, que se dignó administrarle el ilustrisimo señor arzobispo de esta diócesis. ¡Feliz acto en que la Iglesia católica recibió en su seno á tan buen hijo, regocijándose con este nuevo triunfo de la fé!

Despues que recibió el sagrado baño, en el que á petición suya le pusieron por nombre *Agustin*, se cantó un solemne *Te Deum*, y se celebró el santo sacrificio de la misa, en cuyo tiempo recibió el adorable Sacramento del altar con la mayor humildad y manifestando la mas devota compostura.

Coucluida la funcion religiosa, se desnudó en la sacristia la vestidura blanca, y habiendo correspondido los abrazos y parabienes que le dieron los convidados, tomaron todos sus coches, y se dirigieron á la casa de Doña Eufrosina en donde se habia preparado el refresco.

La sala estaba llena de señoras, y ya se deja én-

tender que no faltaria entre ellas Carlotita. Estaba allí en efecto, vestida muy de gala y mas hermosa que nunca. Su regocijo era inesplicable en el instante que vió á Welster: este tuvo mucho que hacer para disimular su pasion; mas ella no tenia entonces la prudencia necesaria, y mas de dos veces advertí que estaba á pique de declarar su amor á pesar de la presencia de su padre, cuyo respeto la contenia. Sin embargo, como la alegría era general y la bulla mucha, se ocultaron sus cariñosas imprudencias, á lo menos para los que ignoraban sus amores. Todo aquel dia se pasó en pláticas y diversiones agradables, y á la noche concluyeron con un lucido baile.

Despues que se acabó, se retiró D. Tadeo con Carlota para su casa, Welster con Labin para la suya, y todos hicieron lo mismo.

Muy contento Welster, de verse admitido en el gremio de la Iglesia católica, trataba ya de arreglar sus intereses temporales, para lo que le fué necesario ir á la Habana; pero antes tuvo cuidado de asegurarse de la firmeza de Carlota. Hizo mil experiencias, que todas correspondieron á sus deseos, y cuando ya no le quedó ninguna duda de que lo amaba muy de veras, le dió por escrito palabra de espon-sales, y un rico cintillo de brillantes en señal de que la cumpliría.

Carlota recibió ambas cosas con el gusto que se deja conocer, y las correspondió de igual manera: le dió su palabra firmada de su mano, y un relicario de oro con su retrato, que recibió Welster con la mayor satisfaccion.

Llegó por fin el dia de la partida, y como Doña Eufrosina estaba ya impuesta en los negocios de Carlota, se le facilitó á esta la ocasion de despedirse en su casa de su amante. Para esto fué á visitarla con Adelaida á la hora en que habia citado Welster; pero no bien se vieron, cuando asomó á sus ojos el sentimiento de sus corazones. Esta visita pareció de duelo. El señor Labin procuró disminuirles el martirio, acelerando la despedida. Llegó el momento critico, y no pudiendo disimular la vehemencia de su pasion, se abrazaron los dos públicamente, se juraron de nuevo su firmeza, renovando con mil tiernas espresiones las promesas que se tenian hechas por escrito, y se separaron con el dolor que es fácil conocer.

El rato fué de los mas tristes que podia experimentar la sencible Carlota. A todos interesa una muger hermosa y afligida: no fué mucho que Doña Eufrosina, Adelaida, y algunas otras visitas de confianza la acompañaran en su llanto.

Luego que se serenaron, trató Adelaida de consolar á su hermana, asegurándole que la vuelta de

Welster seria pronta, segun habia ofrecido, y que al instante se casaria, y se convertirian aquellas lágrimas en gustos. Carlota algo se consolaba con esto; pero no dejaba de temer la inflexibilidad de su padre tan tenazmente opuesto al matrimonio. Adelaida le decia: no tengas miedo, hermana, que no es tan bravo el leon como parece: nuestro papá es de capricho, pero tambien suele variar de opinion. ¿No te acuerdas cuánto trabajo costó para persuadirlo á que permitiera mi casamiento? El no queria; pero por fin se redujo y consintió, y lo mismo será contigo. A los principios se opondrá, te reñirá, y aun te llenará de amenazas; pero despues poco á poco se irá amansando, hasta que consigas tu deseo. Yo misma te prometo ser tu empeño, y te juro que no me saldrán vanos mis esfuerzos.

Con estas espresiones se consoló un poco mas Carlota, y se despidió de Eufrosina. ¡Pobrecita! el éscito no correspondió á estas lisongeras esperanzas, como se verá en el capitulo que sigue.

CAPITULO XVII.

Descubre Adelaida los amores de Carlota á su padre: se indigna este, y le hace recibir por fuerza el hábito de monja: pasa el año del noviciado y llega Welster la vispera de la profesion.

¡QUE cierto es que el interés es la piedra de toque de la virtud y la amistad! Muchos afectan muy

bien la probidad y la amistad mas constante; pero apenas media el mas ligero choque por causa de intereses, cuando se quita el oro aparente del honor y la constancia, y se descubre el vil metal del vicio y de la falsedad. Esto mismo esperimentó Carlota con su hermana.

Un mes hacia que se habia embarcado Welster, cuando un dia de repente llegó á casa de Carlota una criada con un papelito de su hermana, por el que esta le pedia prestado el cintillo que le habia dado Jacobo.

No era mezquina Carlota: varias cosillas le habia dado á su hermana en clase de prestadas, y ni habian vuelto, ni ella se las cobraba nunca; pero no fué tan generosa con el cintillo de su amante. Redondamente se lo negó, diciéndole que ya sabia que podia mandar en todo cuanto tenia, menos en cintillo de Welster, porque llegar á lo suyo era llegar á la niña de sus ojos. Adelaida, como no acostumbrada á semejantes negativas, se enfureció, y propuso vengarse de su hermana.

Dejó pasar como ocho dias, y al cabo de ellos fué á visitarla, y la halló cosiendo con Doña Ana, que era una señora viuda, ya vieja, y tia de las dos, que tenia D Tadeo en su casa para que acompañara á Carlota. Esta señora queria mucho á su sobrina y era